

Postmodernidad o la fractura de la historia

Por Sonia Jostic

El fin del siglo, como el inicio, representa un lapso impregnado de valor simbólico. Se trata de un momento en el que el tiempo revela su doble faz: cierre y apertura. La atmósfera nostálgica, propia de la conclusión de una época, se abraza a las expectativas cifradas en el futuro.

Este clima favorece la reflexión acerca del tiempo de la historia y su actual crisis en el contexto de la postmodernidad. La época postmoderna, atravesada por distintos ejes temporales que confluyen y, al hacerlo, «fracturan» la historia, se vuelve sobre sí misma para examinar su carácter problemático. Las más diversas áreas de pensamiento se preocupan por verbalizar permanentemente el fenómeno (mejor dicho: procuran hacerlo), y para ello se ven en la necesidad de intentar, antes que nada, caracterizaciones e incluso definiciones del mismo (sin dar por sentado su conocimiento ni, por ello, subestimar al eventual receptor).

El pensamiento postmoderno plantea, como es sabido, la disolución del proyecto histórico moderno —racional, unitario, universal, vectorial y teleológico—.¹ Nos hallamos inmersos en una situación desbrujada como consecuencia de la proliferación indefinida y el ritmo vertiginoso de los acontecimientos. La historia aparece, entonces, dispersa en una multiplicidad de concepciones subjetivas del mundo, cuyas imágenes se revelan como relativas y dependen de la perspectiva desde la cual sean localizadas.

Esta crisis ha sido en general interpretada como un indicio incuestionable de muerte. Sin embargo, el mismo prefijo *post-* involucra un aspecto histórico de tipo relacional: toma otro período como punto de referencia, sea para continuarlo sea para proclamar una ruptura radical. Desde este punto de vista, la expresión «postmodernidad» sólo cobra sentido al no desvincularse de alguna forma de conciencia histórica, por cierto inadmisibles si se acata el fin de la historia como tal.

El momento postmoderno no sustenta, por tanto, la muerte de la historia; antes bien, la vuelve compleja y pone al descubierto esa complejidad. En efecto, a pesar de aparecer a simple vista caóticos, los tiempos postmodernos logran organizarse a partir del desorden², sobreponiéndose así a las acusaciones que acentúan su ahistoricidad, anti-historicidad o deshistorización. El cuestionamiento de una historia dirigida hacia un *telos*, con un sentido evolutivo y orientado siempre hacia adelante, se resuelve en dos sentidos fundamentales:

- (a) mediante una revalorización de la sincronía;
- (b) mediante una valorización del pasado (eje diacrónico).

(a) Se percibe en la ahistoricidad de la sociedad postmoderna el momento en el que «el futuro ha llegado»... La modernidad se refería al futuro como la clave ordenadora del estado de cosas; se trataba de romper con el pasado y de conquistar el futuro. Pero, como señala Josep Picó, «el pensamiento postmoderno se presenta como una especie de intento de vislumbrar el futuro desde un mundo en el que ya ha ocurrido todo y ninguna utopía o razón queda por venir»³. Las predicciones de la modernidad no se cumplieron y la postmodernidad parece tomar conciencia de que el futuro es incapaz de resolver nada. «No hay futuro» sería, desde este punto de vista, el lema que sintetiza tal actitud. Es como si la pérdida del futuro ocasionara un aglutinamiento del pasado en el presente: todo sucede al mismo tiempo. Nuevamente desaparece, por tanto, el concepto de historia como progreso, y lo que prevalece es un presente sincrónico cuya función y razón de ser consiste en la reproducción de sí.

La postmodernidad nos instala en un *tiempo kairótico*, en el que se vuelven relevantes conceptos tales como «red», «trama», «rizoma»⁴..., cuyos elementos se encuentran tan interconectados que ya no es posible distinguir los iniciales o los finales: dondequiera que miremos, todas las cosas tienen la misma simultánea, atemporal apariencia. El de la trama es el tiempo paradójico: el tiempo sin tiempo.⁵

Ahora revisemos el funcionamiento de los *mass media*.

1 Cfr., VATTIMO, Gianni, *La sociedad transparente*, Barcelona, Paidós, 1990, especialmente pp. 73-87.

2 La física de las estructuras disipativas (del no-equilibrio) ha demostrado que el crecimiento de entropía no se identifica con evolución hacia el desorden; antes bien, pone de manifiesto los fenómenos de autoorganización que tienen lugar lejos del equilibrio: «clásicamente se asociaba el orden al equilibrio y el desorden al no-equilibrio. Hoy sabemos que es inexacto: la turbulencia es un fenómeno altamente estructurado, en el cual millones de partículas se insertan en un movimiento extremadamente coherente.» Cfr., PRIGOGINE, Ilya, *El nacimiento del tiempo*, Buenos Aires, Tusquets, 1991, p. 49. —El entre comillado es nuestro—. También pueden consultarse PRIGOGINE, Ilya y STENGERS, Isabelle, *Entre el tiempo y la eternidad*, Buenos Aires, Alianza, 1991; MASSUH, Víctor, «Razón científica y eternidad (A propósito de Einstein y Prigogine)». En *La flecha del tiempo en las fronteras comunes a la ciencia, la religión y la filosofía*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994 (primera edición, 1990), pp. 73-118.

3 PICÓ, Josep, «Introducción». En PICÓ, J. (comp.), *Modernidad y Postmodernidad*, México, Alianza, 1990, p. 48.

4 Cfr., DELEUZE, Gilles, GUATTARI, Félix, *Rizoma (introducción)*, Valencia, Pre-Textos, 1977.

5 Por eso, para acceder a la red y aproximarse al todo es preciso cortar aquella. Esto exige una paralización del tiempo (el establecimiento de un hipotético tiempo cero). No es posible recuperar la red en el tiempo; debemos hacerlo eliminándolo, o sea, en la eternidad. Se advierte claramente la fractura del eje diacrónico: la red (sincrónica) sólo puede ser abordada a partir de la suspensión de la diacronía.

Es innegable que la tecnología de la información ha desempeñado un papel determinante en este aspecto, ya que se encargó de operar un cambio profundo en la experiencia de la temporalidad y, consecuentemente, de la historia. Los acontecimientos no aciertan ya a encontrar una articulación jerárquica, más allá de la artificial y laxa impuesta por tales *media*: la información acerca de todos los hechos, eliminando las selecciones que configuraban la historia como un proceso en el que podía percibirse un progreso, promovió una reducción de los acontecimientos al plano de la simultaneidad.

(b) En este sentido compartimos las afirmaciones de Jean Baudrillard, quien sostiene que el final del siglo dibuja una curvatura en sentido inverso en la historia, puesto que "cada movimiento aparente de la historia nos acerca imperceptiblemente a su punto antipódico, e incluso a su punto inicial".⁶ Se antepone el revisionismo al avance porque, al no saber cómo resolver el problema del fin, el hombre se ha vuelto hacia el principio.

La suspensión de la confianza en una historia progresiva contiene la idea de un tiempo que se vuelve sobre sí mismo para rescatar y recombinar lo tenido ya por viejo y perimido. El pasado fue, en rigor, un tema esencial para la modernidad, pero en virtud de su necesidad de ruptura respecto de él: recurría a la tradición como punto de referencia desde el cual resistir. La relación postmoderna con el pasado consiste, en cambio, en concebirlo como un sitio al que se acude para buscar elementos susceptibles de reciclaje. Se comprueba así el diálogo postmoderno no lineal, que permite que el presente se conecte con el pasado invirtiendo irónicamente el imperativo moderno de progresión. No se trata, sin embargo, de una repetición exacta de lo anterior: las reelaboraciones demuestran que el círculo no es necesariamente vicioso. La figura trazada hoy por la historia sería, en rigor, la de una espiral: imagen que, al romper la simetría entre el antes y el después, sintetiza irreversibilidad y restauración.

A propósito de ello recordemos, por ejemplo, que Th. Adorno y M. Horkheimer se referían ya a las complejas relaciones existentes entre la razón y el Mito.⁷ Al considerar el mito como un saber menos riguroso y objetivo que el saber científico, la modernidad se preocupó por purificar a la razón de todo resabio mítico. Hoy, sin embargo, la razón parece devenir mito: la postmodernidad ve en el fracaso de la razón moderna el hecho de que esa razón no es más que una historia... una fábula. De esta manera, la desmitificación se ha descubierto como mito y, en consecuencia, el punto de partida se convirtió en el punto de llegada. Estamos en presencia de la crisis cíclica de la modernidad que surge de la lógica de su origen puesto que es en los paradigmas modernos donde reside el germen de su propia aniquilación. Lo que se describe es, entonces, una nueva mitología según la cual la historia terminaría, digamos, como empezó. No obstante (recalcamos), no se trata de una repetición exacta de lo viejo: sólo

podemos hablar de un retorno por analogía. Gianni Vattimo se refiere a la puesta en escena del mito en la cultura actual; pero con agudeza repara en que no se trata de una vuelta al mito en tanto saber no contaminado por la racionalización, sino como una aspiración tendiente a superar la brecha abierta entre el racionalismo y el irracionalismo.⁸

El movimiento espiralado implica, tal como sugiere Jean Francois Lyotard, un proceso de *anamnesis* dedicado a la interrogación del pasado, pero con la ventaja de portar la memoria de los errores precedentes.⁹

A pesar de lo intrincado de su carácter, la postmodernidad no parece conducir, como lo hiciera la modernidad, hacia un callejón sin salida: al exigir, en cambio, el ensayo de nuevas respuestas, obliga a considerar otros modos de pensar.

"No hay futuro" no sugiere, entonces, el fin de la historia en el sentido de la negación del transcurrir del tiempo. Antes bien, implica una revalorización del pasado: "no hay futuro vivo con un pasado muerto", ha señalado el escritor Carlos Fuentes en varios de sus ensayos. La política de la memoria, una de las facultades más destacadas del pensamiento puesto que no recordar es una forma de no pensar, se convierte en una dura labor al tratarse de una época acelerada, efímera y prácticamente impermeable, como lo es la actual. La postmodernidad ha emprendido, no obstante, la batalla contra el olvido.

Esta forma de concebir la historia libera al tiempo presente de la connotación negativa que lo impregna cuando todas las esperanzas se cifran en el futuro (como pretendía la modernidad): ese hoy se vuelve gratuito y sin razón.

"No hay futuro" debe leerse entonces como la afirmación de un tiempo en el que se valora la realización del futuro durante un presente cargado de memoria asimilada. ■

Bibliografía

- BAYARDO, R., «Acerca de la cuestión postmoderna. Una perspectiva antropológica». En *Estudios paraguayos*. Revista de la Universidad Católica «Nuestra Señora de la Asunción», Vol. XVII, No. 1-2, años 1989-1993, pp. 23-33.
- BAUDRILLARD, Jean, *La ilusión del fin*. Barcelona, Anagrama, 1994.
- CROUZEILLES, C., «Hermenéutica. Entrevista a Vattimo». En *El Cronista Cultural*, viernes, 4/11/94, pp. 1-2.
- LYOTARD, Jean François, *La postmodernidad (explicada a los niños)*. Barcelona, Gedisa, 1995.
- PICÓ, Josep, «Introducción». En PICÓ, J., (comp. y pról.), *Modernidad y postmodernidad*. México, Alianza, 1990, pp. 13-50.
- PRIGOGINE, Ilya, *El nacimiento del tiempo*, Buenos Aires, Tusquets, 1991.
- ———, STENGERS, Isabelle, *Entre el tiempo y la eternidad*. Buenos Aires, Alianza, 1991.
- RAULET, Gérard, «La postmodernidad, ¿futuro o eterno presente? De la modernidad como calle de dirección única a la postmodernidad como callejón sin salida». En PICÓ, J., (comp. y pról.), *op. cit.*, pp. 321-347.
- VATTIMO, Gianni, *La sociedad transparente*. Barcelona, Paidós, 1990.

6 BAUDRILLARD, Jean, *La ilusión del fin*. Barcelona, Anagrama, 1993, p. 24.

7 Cfr., ADORNO, Theodor, HORKHEIMER, Max, *Dialéctica del iluminismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1969.

8 Cfr., VATTIMO, Gianni, *Op. cit.*, pp. 111-132.

9 Cfr., LYOTARD, Jean François, «Notas sobre los sentidos de post-». En *La postmodernidad (explicada a los niños)*. Barcelona, Gedisa, 1995, pp. 87-93.